

CUADERNOS
DE HORIZONTE

Adiós a Berlín
La ciudad en continua reinención

IBON ZUBIAUR

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Adiós a Berlín

INTRODUCCIÓN ...	9
PATIOS ...	15
INTERVENCIONES ...	37
REDES ...	59
CESURAS ...	81
MUERTOS ...	103
UTOPIÁS ...	123
RESCATES ...	145
BIBLIOGRAFÍA ...	167

INTRODUCCIÓN

La idea para este libro me llegó una tarde de septiembre de 2020, frente a la Haus der Einheit, pensando en cómo explicar Berlín a alguien que quise. Un meritorio panel informativo resume la historia de un edificio notable que no necesariamente llama la atención en ese cruce caótico y ecléctico. Pero hasta el visitante culto que se avenga a leerlo retendrá apenas unos titulares deslavazados, difíciles de conectar con lo adyacente (que incluye: un bloque reformista de 1906, una antigua fábrica de pan, un cementerio, edificios de oficinas del nuevo centro socialista junto a Alexanderplatz y la parte trasera del conjunto en torno a la Volksbühne). Berlín, en la lograda agudeza de Karl Scheffler *la ciudad condenada a no ser (y a estar continuamente transformándose)*, se caracteriza por yuxtaponer de forma abigarrada estilos y propuestas a menudo inconciliables, como resultado de un crecimiento febril y polémico alimentado por fuerzas antagónicas. Esa densidad tectónica refleja asimismo los avatares políticos que hicieron de ella la urbe europea más significativa del siglo xx, el epicentro del genocidio

por antonomasia y la que durante más tiempo conservó sus cicatrices. Nada de ello se le revela solo al turista ingenuo y sentimental: ni el rehabilitado Reichstag, ni la Puerta de Brandemburgo, ni la apelmazada catedral atesoran méritos arquitectónicos, y tampoco la sobria atrocidad de los restos del Muro resulta más elocuente que la de la valla de Melilla. Para poder captar las historias que encierra Berlín, hay que saber *hacerla hablar*: ello exige detenimiento, capacidad de escucha, y sobre todo un bagaje lo más copioso posible de lecturas. Quizá más que cualquier otra ciudad contemporánea, Berlín se ofrece como *palimpsesto*, como revoltijo de trazos superpuestos cuyo lenguaje hemos de aprender a descifrar.

10

Mi plan de profundizar más en la ciudad y decantarlo en un ensayo de *flâneur* se vio pronto truncado. La segunda ola del coronavirus disparó las infecciones y Alemania pasó a aplicar restricciones draconianas que se mantendrían hasta junio de 2021. Y si en España, exhausta y arruinada tras el brutal confinamiento domiciliario de la primavera de 2020, ningún gobernante se atrevió ya a volver a paralizar la vida pública (y algunos sacaron réditos electorales de su empecinamiento en no aplicar limitaciones), Berlín fue durante ese eterno invierno una ciudad fantasma. No solo la gastronomía y el comercio permanecieron cerrados

durante meses, sino también museos, bibliotecas, y hasta iglesias; toda la exploración que requería un proyecto así quedó acotada a lo superficial en su sentido estricto: a lo visible desde el exterior (en un sentido muy concreto, junto a los interiores de los edificios dejó de poder verse cuanto queda bajo tierra, en muchos casos espacios y rutas claves de la historia de la ciudad, desde la canalización a búnkeres de la Segunda Guerra Mundial y a túneles excavados bajo el Muro). No por ello dejó de ser fructífera: en esos meses la ciudad se me reveló desde una perspectiva nueva, que ponía en valor equipamientos y lugares hasta entonces desatendidos o cuya inaccesibilidad más pesaba. También multipliqué mis visitas a lugares de memoria sin riesgo de contagio, como los cementerios. Aunque el símil tiene su punto inquietante, por su capacidad de perturbar la vida colectiva el estado de alarma de esos meses fue lo más parecido a una guerra que ha llegado a vivir mi generación, y en ese sentido obligó a todos a repensar la ciudad y las prioridades que favorece su diseño.

En febrero de 2021, por fin, y sin ningún aviso previo, mi casera me comunicó la rescisión de mi contrato de alquiler. Aunque el motivo alegado era la necesidad de uso propio, que es el único contemplado cuando el inquilino cumple escrupulosamente sus obligaciones, nadie dejó

de reconocer en ello un subterfugio para poder volver a alquilar el piso a un precio muy superior; en los últimos años, con el mercado inmobiliario de la ciudad desatado, miles de familias berlinesas vienen siendo puestas de patitas en la calle para brindar una rentabilidad que ya no ofrecen los abstrusos y fraudulentos productos financieros. En mi caso particular no resultaba dramático; precipitó mi regreso a España y un nuevo comienzo tras la cesura colectiva que supuso la pandemia. Pero también me hizo sentir en carne propia el principal problema de Berlín, que en muy poco tiempo ha pasado de ser la más barata de entre las grandes capitales europeas y un espacio cultural acogedor y bullicioso a convertirse en un casino especulativo de población flotante, sin arraigo, y que no presta ya atención a su singularidad histórica y urbana. Las iniciativas que tratan de paliar esta funesta tendencia (desde la pionera ley de tope al alquiler que aprobara la coalición de gobierno local y anulara el Tribunal Constitucional por estimar que solo las autoridades federales tienen esa competencia, hasta el referéndum sobre la expropiación de empresas dueñas de más de 3000 viviendas forzado por la movilización ciudadana) han vuelto a elevar a Berlín a referencia mundial del debate sobre el espacio público y la convivencia.

Finalizado mi propio ciclo de ocho años en la ciudad, no quiero dejar de ofrecer mi lectura de algunas de sus claves. Confío en lograr hacérselas visibles a más, entre las intercambiables fachadas de oficinas, las filiales de franquicias y los locales de venta de bebidas alcohólicas que proliferan bajo el turismo de borrachera.

PATIOS

Olvídense de la Puerta de Brandemburgo y de los edificios ilustres de Unter den Linden. Olvídense por un momento de la Isla de los Museos, aunque albergue una de las mayores concentraciones de arte del mundo. Olvídense incluso del Muro que dividió la ciudad y simbolizó la Guerra Fría. Si existe un elemento arquitectónico que caracteriza Berlín y permite entender como ningún otro su desarrollo urbano, ese es el patio trasero, el mítico *Hinterhof*. Denostado durante un siglo como encarnación de la insalubridad y de todos los males de la sociedad moderna, las furibundas críticas que soportó rara vez se extendieron a sus condicionantes económicos y encerraban a menudo un moralismo reaccionario; la acumulación de patios obedeció, desde luego, a la imparable carestía del suelo en una ciudad que en apenas décadas se convirtió en la primera urbe industrial del continente europeo, pero también a un plan urbanístico que hizo de la necesidad virtud no tanto por resignación como por voluntad de generar mezcla social y aprovechar los recursos ya dados. El responsable de ese plan, James Hobrecht

(1825-1902), es sin duda una de las figuras cardinales de la historia de Berlín y, si Ildefonso Cerdà ha merecido todo tipo de parabienes por su ensanche de Barcelona (seguramente con merecimiento), mientras que el balance del París de Haussmann resulta más ambivalente (seguramente también con merecimiento), Hobrecht merece ser reivindicado hoy con especial énfasis tras los desmanes causados por los paladines de la ciudad jardín y la Carta de Atenas.

Berlín acometió su propio ensanche a partir de 1860, cuando se derribó el muro de aduana que había marcado el contorno de la ciudad desde los tiempos de Federico II. La Policía Real de Prusia, responsable también de infraestructuras, encomendó el plan al joven ingeniero Hobrecht, que estudió sobre el terreno el desarrollo de diversas urbes europeas. De Londres en particular se trajo una obsesión: no permitir que la ciudad se disgregara en barrios de ricos y pobres y favorecer los usos mixtos, una meta que no ha perdido actualidad («Por razones morales y por ello también urbanísticas, lo procedente me parece no la “reclusión”, sino la “penetración”»). La edificación al borde de la calle (lo que en Alemania se denomina *Randbebauung*) y la construcción en altura, el modelo que había marcado la ciudad europea desde la antigua Roma, le parecían no

solo la mejor forma de enfrentarse a la escasez de suelo, sino también el mejor garante arquitectónico de ese objetivo, ya que en la era previa al ascensor los pisos de un bloque de viviendas se distribuían de manera natural según la escala social (las clases más acomodadas en la entreplanta y según ingresos decrecientes hasta la buhardilla). El que las parcelas fueran más profundas que anchas le parecía igualmente oportuno para procurar luz y aire puro a todos los habitantes a resguardo del tráfico: Hobrecht, que en eso no se diferenciaba esencialmente de los que le criticarían, soñaba con jardines y huertas traseras. El énfasis lo puso en la anchura de las calles (que hoy es uno de los elementos más llamativos del Berlín que él diseñó) y en trazar también plazas para el esparcimiento, limitando así las expropiaciones a lo imprescindible. La Policía Real asumió el plan, despidió a Hobrecht (que pasó a diseñar el sistema de alcantarillado de Stettin y a partir de 1872, cuando su hermano Artur fue nombrado alcalde de Berlín, pudo asumir también el de la capital, que sería el más avanzado del mundo y ha seguido funcionando hasta la actualidad), y no aprobó una sola de las medidas regulatorias que había propuesto el ingeniero, como la prohibición de viviendas en el sótano (se impondría solo en 1925, ya con la República de Weimar).

La única restricción que contemplaba la normativa vigente era la anchura mínima para que en cada patio pudiera maniobrar un carro de bomberos: 5,34×5,34 m. En esa fase de crecimiento desatado, se otorgó en la práctica una patente de corso a la especulación inmobiliaria y al aprovechamiento exhaustivo del espacio disponible.

Teniendo en cuenta que la dimensión estándar de las parcelas era de 22 metros de anchura y 56 metros de profundidad, resulta en principio lógico que se edificara más allá de la fachada. Los bloques de ala única, de hecho, fueron excepcionales en Berlín y se erigían solo en los solares de fondo más reducido. La variante más común, y no solo por razones de rentabilidad, fue la adición de un ala lateral; en 1862 Gustav Assmann, el arquitecto adjunto a Hobrecht, publicó sus *Fundamentos de vivienda urbana*, dedicados esencialmente a la planta de dos alas, con diferentes soluciones tipo que favorecieron la estandarización (y la uniformidad) de los bloques de pisos. La prolongación en L de las viviendas nobles permitía dotarlas de dimensiones considerables y de dos vías de acceso (algo muy apreciado en una era empeñada en separar la entrada de servicio), y a la vez intercalar viviendas más pequeñas en el patio; si dos edificios adyacentes coordinaban simétricamente sus alas laterales con los de la calle paralela,

se creaba un generoso patio central que, siempre que no estuviera ocupado por talleres o retretes (como hasta hace muy pocas décadas era habitual en los barrios obreros), aportaba luz y aire puro a los residentes. Yo mismo viví ocho años en un patio así y puedo certificar la calidad de vida que conlleva: aislado del tráfico exterior y con temperaturas bastante más atemperadas en verano si cuenta con arbolado (en mi caso un espléndido castaño que se hacía notar en septiembre, cuando sus frutos bombardeaban el tejado de uralita de la caseta adyacente), el patio interior viene a suponer en esos casos un oasis en pleno centro, rebosante de luz y de tranquilidad.

Pero este modelo logrado de patio trasero tampoco fue a la larga el dominante. En los solares más profundos, de hecho, la solución más habitual fue la acumulación de bloques en paralelo, con patios intermedios que a veces se limitaban estrictamente a las medidas mínimas estipuladas de $5,34 \times 5,34$ m. Las malas condiciones de salubridad que resultaban de ello (a los pisos inferiores, sencillamente, no llegaba nunca la luz del sol) se veían agravadas por escandalosas carencias en la dotación de los inmuebles: con la demanda de vivienda económica disparada por el *boom* industrial, muchos promotores no tenían escrúpulo en maximizar beneficio reduciendo los pisos a

la mínima expresión (en los barrios obreros la norma eran una o dos habitaciones con nicho de cocina y toma de agua, y ahí habían de convivir una o más familias) y en ahorrarse los servicios más elementales (la mayoría de los pisos carecían de baño, había habitaciones sin ventanas, y los retretes solían ser comunes, en los descansillos de la escalera o en el patio). A ello se sumaba la dejadez de las autoridades municipales a la hora de garantizar los servicios públicos: la red de alcantarillado, como queda dicho, no se emprendió hasta la década de 1870, y la regulación de la recogida de basuras o de la convivencia con actividades industriales o comerciales era casi inexistente. Según el censo de 1861, uno de cada diez habitantes de Berlín residía en un sótano, y los patios interiores los ocupaban en buena medida pequeñas fábricas y talleres de todo tipo. Las rentas comerciales siempre han sido superiores a las de vivienda, y la economía de una ciudad cuyo formidable auge se basó en la industria y la construcción (en 1871, el año de la fundación del Reich, el 53,6 % de la población de Berlín trabajaba en uno de estos dos sectores) conllevaba, como en la España del *boom*, una miríada de pequeñas empresas artesanas: carpinteros, pintores, cerrajeros, ferreteros, cristaleros, tapiceros, curtidores, además de toda la labor que entonces solían asumir en casa las

mujeres (modistería, lavandería) y por supuesto del comercio minorista, en una era que solo gradualmente iría dando paso a los grandes almacenes. Y, como el acelerado crecimiento urbano absorbió pronto a grandes fábricas inicialmente establecidas en la periferia, tanto las calles como los patios de Berlín eran durante la mayor parte del día una cacofonía abigarrada de ruidos y hedores, desde los tornos y desechos de los talleres a los cascos y heces de los caballos.

Fue esta versión destartalada de los barrios proletarios la que acabó acaparando las asociaciones del patio trasero como una sinécdoque. El problema no estaba tanto en el concepto como en su materialización en una era de capitalismo manchesteriano y sin apenas regulación estatal; el hacinamiento se cronificó en Berlín durante décadas, como solo podía ocurrir dadas las condiciones de partida. Cuando Hobrecht concibe su plan, Berlín sigue siendo una urbe comparativamente pequeña: con la anexión del Wedding y Moabit en 1861 alcanza 60 km²; París abarca en esos momentos 78 km²; San Petersburgo, 92 km²; y Londres, la mayor metrópoli del mundo, 305 km². A todos los que denostaron la opción por un urbanismo denso habría que preguntarles dónde pensaban ubicar a la población afluyente y cómo iban a pagar sus chalecitos. En vísperas de

la Primera Guerra Mundial, Berlín registraba la mayor densidad demográfica del mundo, y con diferencia: si en Londres (con cuatro millones y medio de habitantes) cada edificio acogía de media a 8 personas, en Nueva York (tres millones), a 17; en París (dos millones y medio), a 38; y en Viena (dos millones), a 51; en Berlín (con todavía dos millones de habitantes, antes de la gran anexión de 1920) residían 76 personas por inmueble. Y, como en Prusia rigió hasta 1918 un sufragio censitario, tampoco ha de sorprender que la legislación amparase descaradamente a los propietarios: los inquilinos firmaban casi siempre contratos de seis meses cuya renovación implicaba una subida, con lo que las mudanzas y los desahucios (que se ejecutaban sin contemplaciones) estaban a la orden del día. Una solución muy socorrida entre las familias obreras era subalquilar espacio en la vivienda, a veces por horas (lo que en el siglo XXI se ha dado en llamar *pisos patera*). Significativamente, las denuncias contemporáneas del hacinamiento recalcan más su presunto riesgo *moral* (promiscuidad sexual, propagación del marxismo y la impiedad, mezcla, plebeyez y multitud) que las propiamente sanitarias. Cuando en Charlottenburg (que se incorporó a Berlín solo en 1920 y era mucho más pudiente) las autoridades quisieron afrontar el

problema de la vivienda, su solución consistió en enviar a los bloques obreros a asesores municipales que debían incidir en tres medidas básicas: renunciar a alojar subalquilados, cerrar bien la puerta del retrete, y separar por sexos a los hijos. La anécdota ilustra de modo ejemplar las prioridades de la moral burguesa e invita a replantear la crítica a los denominados *cuarteles de alquiler* (*Mietskasernen*): sin duda las condiciones de vida en gran parte de Berlín fueron tremebundas, pero sería preferible analizar por qué y en qué se diferenciaban de las de otras urbes industriales en vez de echarle la culpa a Hobrecht y ensalzar a cambio la vivienda unifamiliar y el modelo suburbial, que están concebidos para perpetuar la separación de clases y el patriarcado.

Incontables personas residieron apelotonadas en patios malsanos que dieron pie a la leyenda negra de Berlín. Seguramente ninguno de esos patios alcanzó la fama de los Meyers Höfe en la Ackerstraße 132, en el distrito obrero por antonomasia de Wedding: su promotor, el industrial textil Jacques Meyer, tuvo el dudoso honor de batir el récord de aprovechamiento de un solar, y no por el número ni la estrechez de sus patios (seis, con diez metros de separación entre los edificios), pero sí de viviendas (257, casi todas de dos habitaciones). Más de 2000 personas llegaron a

vivir en un solo portal hasta que en 1903 Meyer hizo instalar una turbina de vapor en el sexto edificio para favorecer la instalación de pequeñas industrias, lo que redujo el número de residentes en el bloque a 900, pero a cambio multiplicó la actividad en él. Merece la pena citar textualmente una enumeración (ni siquiera exhaustiva) de lo que llegó a albergar un único número de una calle ya de por sí densamente poblada, un mundo en miniatura:

Cinco cigarreros, un comercio de verduras, el 13º comedor popular, un taller de escultura, tres fábricas de mostaza, el local de la comunidad metodista, una fábrica de pasta, la «Primera Lavandería-Costurería de Berlín», una fábrica de botones, un tratante de cerveza, un almacén de la limpieza vial, una fábrica de láminas de fieltro, una fábrica de pan de miel, una fábrica de pantuflas, una fábrica de limpiadores para cilindros, una fábrica de maletas, un comercio de cuerda, un taller de calderas, una fábrica de letras de cristal, una fábrica de varas, tres comercios de sacos, una fábrica de agujas para el pelo, una escuela de cocina de la filial de la Asociación Patriótica de Mujeres, un comercio de bolsas de papel, una lavandería, una fábrica de cartón, una fábrica de cepillos, un taller de pulido de nácar, una fábrica de peines, un baño público [en las